

LENGUAJE Y DERMATOLOGÍA

De pelo a pelota

FERNANDO A. NAVARRO

Servicio de Traducción Médica (PSBDS). F. Hoffmann-La Roche, S. A. Basilea (Suiza).

«La etimología, ciencia que investiga el origen de las palabras, nos depara a veces sorpresas inesperadas. Es fácil adivinar, por supuesto, que cutis y cutícula comparten un origen común. Pero, ¿quién hubiera dicho lo mismo de pene y penicilina? ¿O de afasia e infancia, calcicie y calavera, higo e hígado, menisco y menstruación, pubertad y pubis, esclerosis y esqueleto?» (1). Estas frases, al comienzo de un artículo que publiqué en *Actas Dermo-Sifiliográficas* hace ya cuatro años sobre el rastro de Afrodita y otras figuras mitológicas en el lenguaje moderno de la medicina, sirvieron de inspiración y punto de partida para una curiosa serie etimológica que, con el nombre genérico de «Parentescos sorprendentes», he venido publicando periódicamente desde enero de 1998, primero en la revista barcelonesa *Jano*, luego en la estadounidense *Médico Interamericano*.

La idea original es bien sencilla; se trata, básicamente, de llamar la atención del lector con una pareja de palabras gráfica y fonéticamente muy similares, pero de significados aparentemente muy distintos. Tras esa sorpresa inicial, intento en cada entrega demostrar al lector que ambas palabras, por increíble que parezca, comparten efectivamente un origen común. Ello me permite realizar un recorrido histórico por las raíces helénicas y latinas del lenguaje médico e ir descubriendo así historias curiosísimas: ¿cómo, a partir del calcáneo, creó la moda en su devenir histórico el calzado, los calcetines y los calzoncillos?; ¿por qué llamamos «niña» a la pupila del ojo?; ¿qué relación hay entre los cosméticos y los cosmonautas?; ¿cómo es eso de que los cristianos son unos cretinos?; ¿qué relación tienen los asesinos con el hachís?; ¿por qué dio nombre el higo a la más voluminosa de las vísceras abdominales?; ¿es posible que afasia e infancia sean, al menos desde el punto de vista etimológico, sinónimos estrictos?; si el clima no tiene influencia alguna sobre el climaterio, ¿por qué ambas palabras están estrechamente emparentadas?

Durante estos dos últimos años son bastantes los lectores de *Actas Dermo-Sifiliográficas* que me han es-

crito solicitando la inclusión de un artículo de este tipo en la sección «Lenguaje y dermatología», para comentar los parientes más sorprendentes de la piel.

La piel, ¡nada menos que la piel, con sus mil y un parientes en la rama griega de la familia y otros tantos por lo menos en la latina! Me ha parecido que mejor sería comenzar, más bien, por una tarea algo más sencillita. Metidos a buscar parentescos sorprendentes en el terreno de la dermatología —y no me vendrá mal para descansar durante un mes del sesudo consultorio—, ¿qué tal si lo empezamos por una de las fernerías?; el pelo, sin ir más lejos. Vaya, pues, la presente contribución como humilde homenaje póstumo a los que a diario se despiden de mi cuero cabelludo en su afán por dotarme de una virilísima e hipocratiquísima alopecia.

Ningún hispanohablante medianamente culto debería encontrar grandes dificultades para mencionar de memoria unos cuantos parientes etimológicos del pelo. Están, por una parte, los más evidentes, como **pelaje**, **pelambre**, **pelambreira**, **pelusa** o la pareja de antónimos **peludo** (que tiene mucho pelo) y **pelón** (que no tiene pelo o tiene poco pelo). Y están, por otra, especialmente abundantes en el lenguaje médico, los cultismos latinos que conservan la *i* etimológica del latín *pilus* (pelo), como **depilar**, **depilación** y **depilatorio** —siempre preferibles a las correspondientes formas sin *d*, a la moda del francés *épilation* y el inglés *epilation*—, o también **pilobezoar** (sinónimo menos frecuente de tricobezoar), **piloerección**, **pilomotor**, **pilonidal** y **pilosebáceo**.

Algo distinto es el caso de la **peluca**, cuyo parentesco etimológico con el pelo puede parecer evidente, cuando en realidad no lo es tanto. Buena prueba de ello es el hecho de que sólo en español se aprecie una relación fonética con el pelo, ausente en los demás idiomas romances (francés: *perruque*; italiano: *parrucca*; catalán: *perruca*; portugués: *peruca*; rumano: *peruc*). La historia de esta peculiaridad nuestra es un tanto larga y enrevesada, pero trataré de resumirla. La mayoría de los etimólogos hacen remontar el origen de la peluca al francés antiguo *perruquet* (loro), utilizado como apodo popular para los jueces, con su habitual

Correspondencia: FERNANDO A. NAVARRO. Liebrütistrasse, 24. CH-4303 Kaiseraugst (Suiza). E-mail: fernando.navarro@roche.com.

verborrea fuera y portadores de grandes pelucas que les daban el aspecto de enormes loros. Curiosamente, por cierto, este *perruquet* antecesor directo del francés moderno *perroquet* no es más que una deformación de nuestro «periquito», diminutivo del nombre propio Perico que se dio a algunos papagayos. Sea como fuere, el caso es que este apodo popular para esos ridículos jueces antiguos está en el origen tanto de la *perruque* francesa como de **peluca**, ésta sólo en español por influjo popular de pelo. Esta identificación popular de las pelucas con el pelo explica también que en España se hayan mantenido hasta nuestros días las **peluquerías**. Porque los **peluqueros** y las **peluqueras** surgieron como resultado de la moda de las pelucas en el siglo XVIII y, como su oficio consistía en preparar y arreglar pelucas, desaparecieron con ellas en Europa para dejar paso a los «peinadores» (que eso significan literalmente tanto el *hairdresser* inglés como el *coiffeur* francés). Entre nosotros, sin embargo, la asociación popular con el pelo ha permitido a los peluqueros seguir llamándose así aunque en la actualidad ya apenas trabajen con pelucas; de hecho, cortan el pelo y realizan peinados lo mismo que sus colegas europeos. En España, las pelucas se usaron sobre todo durante el reinado francófilo de los Borbones —los de antes de la Restauración, por supuesto—, portadores ellos mismos de impresionantes pelucas al estilo de Versalles. Así las cosas, no es de extrañar que el vulgo diera en llamar **peluconas** a las onzas de oro acuñadas en esa época con la efigie de estos monarcas, por la larga cabellera que llevaban.

También origen gabachuelo tienen los **peluches** de nuestras jugueterías, pues del francés *peluche* (felpa) viene el llamar peluches a los muñecos hechos con este tejido, como los ositos de peluche y otros animales varios. En español hemos adoptado el galicismo **peluche** conservando la grafía original, pero tornándolo fonéticamente irreconocible; exactamente la actitud opuesta a la seguida por los alemanes, que con su *Plüsch* han preferido mantener la pronunciación original de esta palabra francesa y adaptar para ello su escritura a la ortografía alemana.

Tenemos, además, un grupo de vocablos que pocos sabrían de entrada asociar directamente con el pelo. El verbo **pelar** (del latín *pilare*, «sacar el pelo») se usó inicialmente en su sentido original, pero después pasó a emplearse con otros sentidos más amplios; hoy puede significar tanto «quitar la piel» (como sucede en las quemaduras importantes o cuando pelamos una manzana) como dejar a alguien sin dinero (dejar pelado a alguien es lo mismo que dejarle sin blanca). Esta última acepción la recogía ya a principios del siglo XVII Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana o española*, cuando escribía que «pelar [es] comerle a uno su hacienda, como hazen las rameras que pelan a los mancebos» (2). No hacen falta, ciertamente, más explicaciones para entender por qué to-

avía hoy seguimos dando a putas y hetairas el nombre de **pelanduscas**. El significado original del verbo «pelar» (sacar el pelo) se conserva claramente en algunos de sus derivados, como el nombre que los dermatólogos franceses dieron a la alopecia circunscrita, *pélade*, que alcanzó gran difusión entre los médicos de todo el mundo y se incorporó a nuestro lenguaje médico en forma de **pelada**. En otros casos, en cambio, resulta más difícil adivinar el parentesco: por su parecido con una cabecita pelona, se dio el nombre de **peladilla** a los cantos rodados de pequeño tamaño, y también a las almendras confitadas lisas (no se aplica nunca, pues, a las garrapiñadas). Tampoco es tarea fácil relacionar con el pelo las tres variantes sinónimas **despeluchar**, **despeluzar** y **espeluznar**, con el significado de desordenarse o erizarse el pelo; de ahí que llamemos **espeluznante** —o también **horripilante**, compuesto con el latín *horrere*, «erizar»— a lo que causa horror y pone los pelos de punta.

Hay asimismo palabras que uno tiende a relacionar de forma espontánea con el pelo, como el nombre «pelicano» que recibe una conocida ave marina de color blanco. En principio, este vocablo parece un miembro más de la serie **pelirrojo**, **pelirrubio**, **pelinegro** o **pelicano**; pero es fácil comprender que «pelicano» sólo puede ser quien tiene el pelo cano, y el pelicano, como cualquier otra ave, no tiene pelos, sino plumas. Su nombre, en efecto, deriva del griego *πελεκάν* y no guarda relación alguna con el pelo.

También los ancestros clásicos de nuestro actual pelo nos han legado unos cuantos parientes curiosos. La palabra griega *πίλος* (*pilos*), que significaba «amasijo de pelos» o «fieltro» (es decir, paño obtenido por conglomeración de lana o pelo), está en el origen de cultismos tan dermatológicos como el llamado **quiste pilonidal**. O el género botánico *Pilocarpus* (formado con *καρπός*, *karpós*, «fruto»: por tener estas plantas el fruto cubierto de pelos), al que pertenece el jaborandi suramericano. En 1875, por cierto, A. W. Gerrard y E. Hardy aislaron de forma independiente en *Pilocarpus microphyllus* un alcaloide de acción colinérgica, que recibió el nombre de **pilocarpina** y todavía hoy usan los oftalmólogos como miótico y en el tratamiento del glaucoma.

Más sorprendente aún, si cabe, ha sido la evolución del latín *pilus*. Al menos a mí me ha sorprendido encontrar ya en latín *pila* o *pilla* con el sentido de bola o pelota; probablemente, porque en la antigua Roma las pelotas se hacían con fieltro. Esto, al menos, es lo que parece deducirse de la definición que da de pelota Covarrubias en su diccionario: «Instrumento conocido con que se juega. Ay muchas diferencias de pelotas, pero la ordinaria es la que está embutida con pelos, de donde tomó el nombre» (2). En latín vulgar, *pila* fue reemplazada por su diminutivo vulgar *pilotta*, que a través del provenzal ha dado nuestra **pelota**, protagonista indiscutida de los deportes de mayor éxito

en todo el mundo, como el fútbol, el golf, el tenis, el baloncesto, el balonmano o el béisbol. Todos ellos, por cierto, de procedencia británica o estadounidense. Porque entre nosotros la pelota se había asociado tradicionalmente a los deportes de frontón de origen vasco; esto es, la llamada **pelota vasca**, origen de uno de los vasquismos más internacionales: el nombre de *pelotari* (**pelotari**) que se da a quien la practica.

Además de designar los más diversos objetos esféricos, el francés *pelote* y su diminutivo *peloton* se utilizaron también, en sentido figurado, para referirse a un grupo apiñado de personas, como es el caso del **pelotón ciclista** o el **pelotón de fusilamiento**. De esta misma palabra francesa, *peloton*, en el sentido de unidad de infantería a las órdenes de un cabo, deriva también el inglés *platoon*, apenas conocido en español hasta el estreno de la película del mismo nombre, dirigida por Oliver Stone en 1986 y galardonada con el premio Oscar a la mejor película de ese año. E igualmente de *pelote*, en el sentido de grupo de personas, se formó en francés *compelote* (luego *complot* y finalmente *complot*). Esta palabra se utilizó en un comienzo para referirse a cualquier reunión de personas, pero rápidamente redujo su campo semántico a conjuración, conspiración o confabulación, con el que ha pasado a otros idiomas, incluido el nuestro, con la doble forma **complot** y **compló**.

Estas digresiones por el idioma de Molière nos han apartado un tanto del latín, así que me apresuro a retomar la *pila* o *pilla* clásica (bola, pelota), antes de poner el punto final, y de lo más médico, al presente artículo. Porque el diminutivo latino *pilula* o *pillula* (bolita) se utilizó desde antiguo en medicina para designar una bolita de medicamento que se administraba por la boca; o sea, una **píldora**. Es éste, por cierto, un latinismo que han importado todos los idiomas europeos modernos: *pilule* en francés, *pillola* en italiano, *pill* en inglés, *pílula* en portugués, *Pille* en alemán, etc. Con el tiempo, no obstante, la palabra inglesa *pill* ha experimentado un importante cambio de significado, para desgracia de no pocos traductores (3). Hoy, en inglés, el vocablo *pill* puede designar una verdadera

píldora, pero se utiliza sobre todo como término genérico para referirse a cualquier tipo de medicina que se tome por la boca (comprimidos, cápsulas, grageas, etc.), en un sentido muy semejante al que ha adquirido «pastilla» en el español coloquial. Así pues, es frecuente en inglés llamar *sleeping pills* a los somníferos y *painkilling pills* a los analgésicos aun cuando se trate de comprimidos o cápsulas. Se explica así que, cuando en 1955 se iniciaron los primeros estudios a gran escala con un anticonceptivo oral, Enovid, en inglés coloquial se conoció al nuevo medicamento como *the contraceptive pill* (rápidamente abreviado a *the pill*), aunque no se trataba de una píldora, sino de un comprimido. Lo malo fue que este uso peculiar del inglés pasó rápidamente a través de los medios de comunicación y las publicaciones especializadas a los demás idiomas modernos, y entre ellos al nuestro, donde «la píldora» se usa ya también, de forma impropia, en el sentido de anticonceptivo oral. Y así, claro, nos luce luego el pelo.

Pero como yo no tengo pelos en la lengua, y además me gusta ir a contrapelo, no me corto un pelo a la hora de tirarme de los pelos cada vez que veo un anglicismo de éstos, que me ponen los pelos de punta. En fin, pelillos a la mar y terminemos de una vez este artículo sobre el pelo. Cuyo final, por cierto, me viene al pelo, pues como último dato curioso cabe mencionar que por vía vulgar nos ha llegado desde el latín *pilla* un sinónimo etimológico de píldora: **pella**, que los diccionarios definen como una masa apretada de forma esférica.

BIBLIOGRAFÍA

1. Navarro FA. Afrodita, la venereología y el lenguaje médico (1.ª parte). *Actas Dermosifiliogr* 1996;87:281-5.
2. De Covarrubias Orozco S. Tesoro de la lengua castellana o española (según la impresión de 1611, con las adiciones de Benito Remigio Noydens publicadas en la de 1674; reproducción facsímil de la edición de Martín de Riquer, 1943). Barcelona: Alta Fulla; 1993.
3. Navarro FA. Diccionario crítico de dudas inglés-español de medicina. Madrid: McGraw-Hill-Interamericana; 2000.

